



El destino de un gato común **Álvaro Pombo**

DESTINO

El destino de un gato común

Álvaro
Pombo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1506

I

El coronel y Nicolás han dejado de hablar y, sentados frente a frente, atienden absortos al tejemaneje de la arena gatera de Rudyard, enclaustrado en su retrete portátil instalado en el pasillo que une el comedor con la sala. El escarbado está durando más que de costumbre.

—Eso es porque le sientan mal las moscas, que las caza al vuelo y se las come luego. Yo mismo le quité una mosca ayer, medio comida. Pude cogerla por la única ala que le quedaba. Le enseñé la mosca a doña Nieves.

—No puede ser que coma moscas, Nicolás. Es impropio de un gato como el nuestro —declara el coronel, encendiéndose un Camel.

—¿Vas a fumar ahora, abuelo?

—Es solo este pitillo. Lo de la mosca me ha dejado mal sabor de boca.

—Eso lo entiendo. Y encima ha vomitado a mediodía un líquido verdoso. Lleva sin comer desde ayer.

—Mañana a primera hora va a la enfermería —decide el coronel Ybarra.

La enfermería abre a las diez. Llega primero el auxiliar, un chico joven que está terminando la carrera, después una veterinaria ceñuda que cobra las visitas y pone mal las inyecciones y un veterinario confortable que cojea un poco, de mediana edad, tirando a gordo, que es quien mejor entendió a Rudyard la primera vez. Va a ser un gatazo —dijo, según le instaló en la báscula portátil—. Rudyard pesaba entonces dos kilos ochocientos gramos y no maulló con las vacunas. Mientras esperan en la calle, el coronel echa un pitillo y piensa que ha perdido el sentido del humor. La enfermería es toda una entreplanta dividida en cubículos sin puertas, separados entre sí por escalones y pasillos. Abren a las diez, pero a las nueve los lunes hay ya una larga cola de perros, gatos y personas de trapillo, con deterioros varios todos ellos. No obstante la formidable puntualidad del coronel, resulta difícil ser el primero de esa cola. Ya a las nueve hay dos o tres primeros que se turnan, con perros achacosos, no tan jóvenes, que llegan resignados con sobretodos y bozales. Todo el mundo va vestido a la diablo, los pantalones tanto de hombre como de mujer encima del pijama, nadie se ha peinado o lavado bien la cara a fin de llegar antes. Se van dando la vez unos a otros, pero no puede decirse que estén en correcta formación, sino más bien a discreción, ocupando a lo ancho toda la acera entre árbol y árbol. No se ladra mucho, no se habla mucho, no se maúlla mucho. Acaba de llegar un conejo blanco en una jaula blindada. A través de la rejilla de la portezuela se ve un hocico rosa, a ratos una oreja. Se trata en este momento de esperar toda una hora en una

calle en cuesta, sombreada en primavera por acacias urbanas y congelada los inviernos. Matías es el único militar de este conjunto. Doña Nieves, que acarrea el trasportín, hace las veces de brigada. Nicolás es demasiado joven aún para hacer de subteniente. Un chaval espigado, de cara seria, pelo negro recortado. Tiene un aire concentrado y militar. Lo más elocuente que se oye es que se dan la vez unos a otros, viene a ser como dar la novedad. El coronel, Nicolás y doña Nieves —y Rudyard en su trasportín— aguantan a pie enjuto, en posición de descanso.

Hasta aquel mediodía —el día de autos— Rudyard había sido más que nada Barraquito y parecía una persona humana, un joven gato negro de fina estampa. Los dos tenían, abuelo y nieto, su propia colección de mordidas y arañazos, pero eso entra dentro del comportamiento jovial de un joven gato. Aquel mediodía, poco antes de almorzar, los dos oyeron de pronto un estrepitoso aleteo, seguido de un inconfundible salto fuerte y seco. Era el signo de un ataque frontal de Rudyard a un vencejo, el primero de aquel año. El espectáculo es aterrador, una cacería en toda regla en su descarnada fase uno. El coronel se abalanzó a separarlos, el vencejo aleteó ya en su mano, clavándole las agudas garras-alfileres y chiando. Habían blindado la terraza con altas teleras, así que para echar el vencejo al aire se tuvo el coronel que encaramar en los palés del laurel y del naranjo. Nicolás le sujetaba malamente por las piernas. Por fin voló el vencejo echado al vacío, sintiendo mucho Nicolás no poder quedarse viéndolo entornar los ojos un poco todavía. Al echarlo a volar, respiraron ambos aliviados. ¿Tenía

o no tenía Rudyard buenos sentimientos? ¿Era Rudyard bueno, o malo? ¿Era Rudyard o no era, además de Rudyard (por *El libro de la selva*), Barraquito, un felino callejero pero noble? Había llegado a casa del coronel a finales de febrero, y hasta mediados de mayo no se supo lo peor. Nicolás se quedó anonadado y hubo cuatro casos más. Solo en junio cuatro descarnadas cacerías salpicadas de chiídos y maullidos como rayos y centellas. ¿Adónde va a parar todo esto, este Rudyard felino? A lo largo de junio, julio y agosto, el coronel y Nicolás se miraron cara a cara y lo hablaron entre sí despavoridos.

Rudyard se vuelve Barraquito con el viento del oeste. Silba en las azoteas, sacude las contraventanas, tumba las sillas de las terrazas, tumba el hermoso laurel de copa redondeada que en los días soleados evoca la geometría francesa de un gran parque. El viento del oeste no deja dormir a Barraquito en paz durante el día, lo sobresalta intermitentemente. Silba el viento a mediodía y Barraquito se despierta alarmado. Es el viento afilado y alarmante de las azoteas y terrazas del Argüelles vecino del parque del Oeste. En la terraza del coronel Matías Ybarra ondea combativa y urgente la bandera española. Tabletea la tejavana de metacrilato verde. Esos días da un poco de pena ver maldormir a Rudyard-Barraquito. Se ovilla y se desovilla demasiado. Ningunos almohadones —ni cuadrados ni redondos— esparcidos por el suelo le vienen bien del todo. Y no se le puede ya acunar, porque con nueve meses cumplidos es ya un gato cadete, embutido en su elegante uniforme negro con botonadura amarilla, como los oficiales japoneses de la Marina imperial.

Aquella primavera se retrasó la lluvia hasta mediados de abril. Hubo sequía invernal primero y primaveral después. Rudyard no tuvo, pues, experiencia de la lluvia ni de las bíblicas aguas, a excepción de la cisterna del baño, un grifo jaula de la cocina y su propia agua de beber, que esparcía con la patita, en momentos de gran excitación, como una ducha. La lluvia es, para nosotros los mortales todos —y esto incluye a Rudyard a título de gato—, una poderosa presencia invertida. El firmamento se desploma en vez de alzarse. El sol, en cambio, nunca es excesivo, ni en agosto. Ni siquiera el globalizado sol de hoy en día, cada vez más requisitorio. Con la lluvia, en cambio, no se puede uno arrellanar ni enroscar en los almohadones de los sillones de la terraza. Al sol se le engaña con sombrillas de colores. La lluvia, como Barraquito, como Nicolás, es incesante.

El coronel había maniobrado todo aquel invierno para quedarse con el nieto. Lo había logrado por fin a partir de noviembre con la impagable ayuda de Barraquito, el gato negro. La otra ayuda —no menos impagable— fue la propensión giróvaga, cada vez más acentuada, de Adelaida, la madre del niño, unida al ligeramente campanudo patriotismo empresarial de su hijo Manuel, cercano a la cuarentena y cada vez más lanzado a la extraterritorialidad aerodinámica del hombre de empresa.

La verdad es que el coronel Matías Ybarra, encastado en su torre, pareció la mejor opción a partir de que el niño cumplió los diez años. Llegó un momento, en efecto, en que Manuel y Adelaida decidieron que no había autoridad en la casa. Casi menos cuando la alocada autoridad materna contradecía in-

tempestivamente la autoridad de las misses que cuando se quedaba el niño solo, maleducándose con toda la pompa imperial de los hijos únicos de la alta burguesía. A casa del abuelo iba de visita Nicolás dos veces al mes los fines de semana y ahí tenía su cuarto propio, pero era a todas luces una relación insuficiente, inestable, porque cuando Nicolás empezaba ya a divertirse los domingos por la tarde, que apagaban todas las luces y recorrían la casa con velas y linternas, tenía que regresar a casa de sus padres. La idea era que la casa del abuelo era un refugio paleolítico donde el fin de una raza estaba teniendo lugar y el comienzo de otra, el *homo sapiens*, y toda la alimentación consistía en comer bocadillos de chorizo y huevos fritos con patatas fritas. Aquello requería un plan de estabilización. El abuelo y el nieto se llevaban bien, pero el efecto de esa compañía se malbarataba a consecuencia de los traslados del niño a su propia casa tras gloriosos fines de semana de linternas y teas untadas de grasa animal, cuajadas de estalactitas y estalagmitas, con las que circulaban por los pasillos a oscuras, del salón a la cocina. Así que acabó decidiéndose que más valía que Nicolás se instalara a vivir con el abuelo, que haría las veces de tutor.

En casa del abuelo Ybarra las tardes de las primaveras, a principios, eran soñolientas casi hasta el final. Después de la cena, que era a las ocho, entre ocho y ocho y media, a partir de entonces, hasta casi las diez, aún hacía bueno. Barraquito podía quedarse en la terraza hasta las doce y también hasta esas horas el abuelo y Nicolás. La malteada noche, dejada atrás la media luz, se les echaba encima a los tres como un bosque cercano. A Barraquito le salía en-

tonces el auténtico felino de barraca y feria que en el fondo era, saltando a gran velocidad de un tiesto a otro, trepando por los ficus y el prunus y el red robin, a la caza de recordados vencejos rasantes que anidaban a salvo ya a esas alturas de la tarde en el agujero más alto de la pared lateral sin dar un ruido.

—Mal lo llevas, y peor tu chico, en casa de tu suegro, ahí metidos mal los dos —le decían a Adelaida sus amigas del alma, giróvagas también, de su cuerda.

—¡No veo por qué, no veo por qué! —respondía Adelaida, quien, al hablar de este asunto, sentía siempre una momentánea punzada de culpabilidad.

La repetición del «no veo por qué» significaba que sí veía un poco del porqué en las conversas viperinas de sus compañeras de *bridge* y cenas elegantes en casas de unas y otras. El niño está bien atendido —solía responder, fruncido el ceño—, su abuelo es coronel de Estado Mayor. Lo cual era media verdad: Matías era coronel, aunque no de Estado Mayor. Porque le gustaba mandar tropa. Lo demás le aburrió siempre de muerte. Difuso sentimiento de culpabilidad, en resumidas cuentas. ¿Qué iba a hacer Adelaida? ¿Sentarse con el niño todo el santo día a mirarle? Eso se hace por temporadas con un gato, con un gigoló, con una pulsera de diamantes. Con un hijo, no se puede ni se debe hacer. Lo mejor es que tenga un preceptor. ¡Y qué mejor que el preceptor sea su propio abuelo!

El sentimiento de culpabilidad, por difuso que sea, por girovagante que se sea, no se va y se viene. Es un sentimiento-piedrecita de zapato, que o te descalzas y la sacas, o acaba siendo una tortura china.